

I

–Quiero saber si mi marido está muerto –dijo Laura después de un suspiro.

–Pero, ¡por Dios y la Virgen! –¿Qué dice? Vamos a ver. ¿Cuánto hace que no lo ve? –preguntó la vidente mientras la invitaba a cortar un mazo de cartas.

La mujer se dejó envolver por el perfume a mirra e incienso que exhalaban los sahumeros.

Bajó la cabeza por temor a verse desnuda. Silencio. No pudo más: como irrefrenable torbellino salieron sus palabras.

–En Estados Unidos... en Los Angeles. Me escapé de mi casa porque... quería matarme. Fue hace un año. Él quedó allá. No sé nada más... –sus sienes latían frenéticas, empezaba a respirar con dificultad. Horror por la falta de aire.

–Tranquilícese. Voy a ayudarla –respondió comprensiva. La Virgen y los ángeles la están acompañando.

La adivina era menuda. Tenía una serena dulzura en su cara. Su mirada, de un benéfico azul celeste. Distribuyó los naipes de tarot japonés sobre la mesa con mantel de paño verde. Llevó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos para concentrarse.

Las paredes, vestidas con cuadros de Vírgenes y el retrato de Pancho Sierra. Debajo, una mesita con un Cristo rodeado de velas. La cortina color violeta ocultaba el radiante sol de la mañana. Luego de la eternidad de ese instante la mujer comenzó a dar vuelta las cartas. Una tenía dibujadas las monedas del I ching. La dejó quieta bajo su mano:

–Su marido no está muerto –tras una pausa y con un dedo sobre un samurai agregó:

–¡Hum! ¡Cuánta agresión! Pero, ahora vive como un ermitaño, en un lugar lejano, agua... montañas... Parece que este hombre no trabaja. A ver, a ver... –corrió la mano de afiladas uñas rojas y completó: –Está fuera de la sociedad, no se comunica con su familia. Luego de una pausa continuó: –vive con su amigo de la guerra..., siempre me habla de un lugar natural con mucha agua. –Me miró fijamente para confirmar: –No hay duda, todas las cartas lo marcan bien clarito.

Laura se sorprendió. ¿Cómo sabía esta mujer que Don tenía un entrañable amigo desde la guerra de Vietnam? La adivina permanecía muda... Volvió sus ojos hacia las cartas. Apareció una con flor de loto.

La vidente prosiguió:

–En el pasado viviste cosas lúgubres, de oscuridad. De la oscuridad pasaste a la luz –siguió hablando. Le dijo muchas cosas. Laura no podía recordarlas. Le pagó... Por fin, aliviada, se vio en la calle.

Pudo respirar mejor. Necesitaba caminar. Tomó por la calle Agüero hasta la siempre concurrida avenida Santa Fe. Era primavera.

Los cafés estaban repletos de conversadora concurrencia. Todo era engalanadas vidrieras y bulliciosos transeúntes.

Casi no miraba. La gente la rozaba al pasar. La imagen del amigo de su marido insistía. Lo había visto una sola vez. Desde un reciente pasado borroso aparecía el hombre negro, alto y con tierna sonrisa. No trabajaba. Su vida se apagaba entre un tiempo muerto y el humo de la marihuana.

Casi sin darse cuenta llegó a la avenida Coronel Díaz. Su mirada se perdió tras la belleza de la arboleda. Le daba la sensación de pisar otra geografía, con un clima diferente de la del “Shopping Alto Palermo”.

Entró a la confitería de la esquina. Prefirió sentarse junto a una ventana para permanecer seducida por el verde. Llamó al mozo para pedirle un café.

–Buen día, señora. ¡Qué lindo sol tenemos hoy! –saludó sonriente.

Aquí la gente conversa mientras trabaja. Todo le era familiar. Se sentía en casa. ¡Qué alivio! La experiencia vivida con la vidente había sido muy intensa. La calidez del aroma del café ya la acompañaba.

Súbitamente recordó lo que hacía algunos años le había dicho Don:

–Michel no quiere hablar más conmigo. Dice que ahora que estoy contigo me conecté con la vida. Si lo sigo viendo a él me recordará la muerte de la guerra...

La tranquilidad de ese momento se alteró. El habitual estremecimiento.

Desde el vientre oscuro de su memoria se dibujó un nefasto recuerdo: la tarde en que Don regresó a casa con la mirada extraviada. Estaba drogado. Miró su mano. Contuvo el grito. Traía un revolver. *Lora, Lora, ven aquí. Lora, Looora!!!!* Ella temblaba. El terror le impedía moverse.

–*Please, no cuentes nada. Ya estoy muy cansado de matar para el gobierno*".

El hombre cayó sobre el sofá. La mujer se vistió como pudo y huyó de la casa. Recordó que con la falda desabrochada corría escaleras abajo.

“*¿A dónde ir? No tengo familia... mis amigos, lejos... ¿qué está pasando?*” Instintivamente puso el pie en el freno. Frente a ella, un auto negro.

“*The light, lady, the light!!!!* Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había encendido las luces del auto. “*Podría haberme matado. Por favor, basta de tanto miedo*”.

Empezó a llorar. La cabeza, vencida sobre el volante. La oscuridad de la noche. La insoportable soledad de Los Angeles. Por fin, reaccionó. Encendió las luces de cara a un arriesgado futuro.

Llegó a la casa de una compañera de trabajo. La señora la recibió con una amigable sonrisa. Laura se cobijó en sus alentadoras palabras y el calorcito de su comida.

–Laura. Seguramente cuando vuelvas estará dormido. De cualquier modo llámame cuando llegues.

Emprendió el camino de regreso. Con sumo cuidado puso la llave en la cerradura del departamento.

Silencio.

Efectivamente su marido dormía. Se acercó. Don descansaba sucio de vómito y llanto. Aliviada llamó a su amiga. En posición fetal pudo descansar.

Tomó el último sorbo del porteño café. Esa pesadilla era ya pasado. ¿O no?

Miró los árboles de Coronel Díaz. Siempre le habían gustado. *¡Qué alivio estar en mi país! Aunque no conozca al diarero de la esquina ni a los mozos de esta confitería, todos me resultan familiares.*

Comió el bombón que le habían traído con el café. Las palabras de la vidente volvían a ella. Sonrió con ternura al imaginar al rubio pecoso y al negro juntos para siempre. *¡Pensar que hay tanto racismo, que Don no quería a los negros! Sin embargo los unía una férrea hermandad frente a la muerte. El recuerdo de la guerra que los había atrapado.*

Tuvo que levantarse de la mesa.

Cruzó la calle Güemes. Se refugió en el departamento que había alquilado a su regreso de E.E.U.U.

Lloró hasta quedarse dormida.

A pesar de todo todavía lo amaba.

Se despertó algo más aliviada.

¡Qué necesidad de escribir!

Empezó a vivir en una Argentina 1997 en la que era casi imposible conseguir trabajo. Dictaba alguna que otra clase particular y en horas de la tarde repartía volantes en la esquina de Callao y Santa Fe. Por el momento se las arreglaba.

Prefirió tomar el desayuno afuera. Llevó consigo los papelitos que había ido escribiendo mientras vivió en Los Angeles.

Se sentó en la confitería “Bonjour”.

–Mozo, por favor, tráigame un café con leche y un tostado de pan árabe.

Después de saborear ese manjar abrió la caja de cartulina violeta. La puso boca abajo.

Papeles y papelitos blancos, verdes, rosas y lilas se desparramaron sobre la mesa.

Entre las migas y algunos minúsculos restos de jamón y queso, sus proyectos, pasiones, soledad y miedos habitaban las palabras. Se entremezclaban. Las frases se iban ordenando a su antojo. Tal vez ellas pudieran contar su historia.

